

El emblemático discurso del Presidente G.W. Bush en West Point, de 1 de junio de 2002

The relevant speech by President Bush in 01/07/2002 at West Point Academy

Textos y comentarios:

Ramón Soriano

Catedrático de Filosofía del Derecho y Filosofía Política, Universidad “Pablo de Olavide”, Sevilla, España

Juan Jesús Mora

Profesor Titular de Filosofía del Derecho y Filosofía Política, Universidad de Huelva, España

Fecha de recepción: Agosto 2004

Fecha de aceptación: Noviembre 2004

PALABRAS CLAVES: terrorismo, guerra contra el terror, seguridad nacional, Eje del Mal, Doctrina Bush.

KEY WORDS: terrorism, war on terror, national security, Axis of Evil, Bush Doctrine.

Muchas gracias, General Lennox, Señor Secretario, Gobernador Pataki, miembros del Congreso de los Estados Unidos, profesores y staff directivo de la Academia, distinguidos invitados, dichosos familiares y graduados: quiero agradeceros vuestra bienvenida. Laura y yo sentimos que es un honor especial visitar esta gran institución en el año de vuestro bicentenario.

En cada rincón de los Estados Unidos, las palabras “West Point” inmediatamente infunden respeto. Este lugar donde el río Hudson se contornea es mucho más que un excelente centro de enseñanza. La Academia Militar de los Estados Unidos es el

guardián de los valores, que han guiado a los soldados, que se han erigido en los creadores de la historia mundial.

Unos pocos de entre vosotros han seguido los pasos del más perfecto graduado, que ha visto esta Academia, Robert E. Lee, quien nunca fue objeto de sanción alguna, por pequeña que fuese, durante los cuatro años que dura el periodo de instrucción. Otros, en cambio, os habéis conducido por la senda del graduado imperfecto, Ulises S. Grant, quien acumuló un amplio historial de sanciones, y dijo que el día más feliz de su vida fue “el día en el que abandoné West Point”. Si pensáis que mi etapa colegial y universitaria me identifica más con Grant, estáis en lo cierto.

Camináis en la tradición de Eisenhower y MacArthur, Patton y Bradley –los comandantes que salvaron a la civilización. Y camináis en la tradición de aquellos lugartenientes que hicieron lo mismo, luchando y muriendo en lejanos campos de batalla.

Los graduados de esta Academia enfrentarán cualquier desafío con creatividad y coraje. En las aulas de West Point se formó el ingeniero jefe del Canal de Panamá, la mente que estaba tras el Proyecto Mahattan, el primer americano que pisó la luna. Esta excelente institución tuvo como alumno al hombre que, según parece, inventó el baseball, y a otros jóvenes, que durante años perfeccionaron nuestro football.

Todos sabéis esto, pero muchos norteamericanos no –se dice que George C. Marshall, graduado en el Instituto Militar de Virginia, dio la siguiente orden: “Quiero un oficial para una misión peligrosa y secreta. Quiero un jugador de football de West Point”-.

Aunque todos vosotros abandonaréis hoy este recinto, sé que hay algo que nunca echaréis de menos: ser cadetes. Pero incluso un cadete de West Point está hecho para sentir que tiene un cometido que cumplir en el mundo. Cuando sus superiores les preguntan a los cadetes por su función se les exige que contesten: “Señor, ser el perro del Superintendente, el gato del Comandante y de todos los Almirantes de toda la maldita armada”. Probablemente, el Comandante en Jefe de nuestras fuerzas navales no compartiría esto último.

West Point reposa sobre la tradición, y en honor a los “Chicos de Oro del Ejército” honraré una de las tradiciones por las que sentís mayor aprecio. Como Comandante en Jefe Supremo, concedo amnistía total para aquellos cadetes que estén bajo arresto por cometer transgresiones menores al código de conducta. Esos de entre vosotros que os encontráis al borde del precipicio deberíais haber sido sancionados unos mi-

nutos antes, pues dejaré en manos del General Lennox qué se ha de entender por “transgresiones menores”.

Cada promoción de West Point respira el aliento de nuestras Fuerzas Armadas. Pero algunas de ellas también han servido para hacer historia, al formar parte integrante de la gran vocación de servicio de nuestro país. Hablando desde aquí a la promoción de 1942 –seis meses después del ataque japonés a Pearl Harbor- el general Marshall dijo “Estamos decididos a que, antes de que el sol se ponga en esta terrible lucha, nuestra bandera sea reconocida en todo el mundo como símbolo de la libertad y de un poder inigualable”.

Los oficiales que se graduaron ese año cumplieron con creces esa misión, derrotando al imperio japonés y a la Alemania nazi, para reconstruir esas naciones como aliados. Los graduados de West Point de los 40 vieron surgir un nuevo reto mortal –el comunismo imperialista- y se enfrentaron a él desde Corea a Berlín, a Vietnam, y durante la Guerra Fría, desde el principio hasta el final. Y, cuando cumplieron con su misión, muchos de esos oficiales vivieron para disfrutar de un mundo transformado.

La historia ha querido solicitar de vuestra generación la misma vocación de servicio. En este vuestro último año, los Estados Unidos fueron atacados por un enemigo inmisericorde y bien provisto. Vosotros sois graduados en esta Academia en tiempo de guerra, y asumiréis vuestras responsabilidades en el honorable y poderoso ejército estadounidense. Nuestra guerra contra el terrorismo sólo está comenzando, pero en Afganistán ha tenido un comienzo muy prometedor.

Estoy orgulloso de los hombres y de las mujeres que han luchado bajo mis órdenes. Los Estados Unidos están profundamente agradecidos a todos quienes sirven a favor de la causa de la libertad, y a todos a quienes han dado su vida en su defensa. Esta Nación confía en y respeta a nuestro ejército, y no nos cabe la menor de las dudas acerca de las victorias que nos proporcionarán.

Esta guerra enmascara un amplio espectro de variables que no podemos predecir. Pero estoy seguro de esto: donde luchemos, la bandera de los Estados Unidos ondeará como símbolo no sólo de su poder sino también de la libertad. La causa de nuestra nación ha ido siempre mucho más allá de lo que los medios de defensa que posee nuestra Nación le permite. Luchamos, como siempre, por una paz justa –una paz que favorezca la libertad. Defenderemos la paz contra las amenazas de los terroristas y de los tiranos. Preservaremos la paz construyendo buenas relaciones entre los grandes

poderes. Y extenderemos la paz respaldando las sociedades libres y abiertas en cada continente.

Construir esta paz justa es una oportunidad para los Estados Unidos, y también su deber. Desde este día en adelante, es también vuestro desafío, y los afrontaremos juntos. Vestiréis el uniforme de un gran e irrepetible país. Los Estados Unidos no poseen un imperio que preservar o una utopía que establecer. Deseamos para los otros sólo lo que deseamos para nosotros mismos –seguridad sin violencia, las recompensas de la libertad y la esperanza de una vida mejor.

Al defender la paz, combatimos una amenaza sin precedentes. Los viejos enemigos necesitaban una enorme cantidad de armas y una gran capacidad industrial para poner en peligro a nuestro pueblo y a nuestra Nación. Los ataques del 11-S únicamente precisaron poner en manos de una docena de sujetos malvados y perversos unos cientos de miles de dólares. Todo el caos y sufrimiento que causaron supuso una inversión inferior al coste de un carro de combate. El peligro aún no ha pasado. Este Gobierno y el pueblo norteamericano estamos vigilantes y preparados, porque sabemos que los terroristas tienen más dinero, más hombres y más planes.

El peligro más grave que amenaza a la libertad yace en la relación que se pueda establecer entre radicalismo y tecnología. Cuando, usando la tecnología de los misiles balísticos, se desplieguen armas químicas, biológicas y nucleares, incluso los Estados débiles y los pequeños grupos podrán adquirir un catastrófico poder que ponga en jaque a las grandes naciones. Nuestros enemigos han declarado su intención sin ambages, pues no han cesado de buscar los medios para poseer estas terribles armas. Quieren albergar la capacidad de chantajearnos, o de dañarnos a nosotros o a nuestros amigos –y nos opondremos a ellos con todo nuestro poder.

Durante buena parte del siglo pasado, la defensa de los Estados Unidos descansó sobre las doctrinas, propias de la Guerra Fría, de la disuasión y de la contención. En algunos casos, se siguen aplicando tales estrategias. Pero las nuevas amenazas también exigen una nueva manera de pensar. La disuasión –es decir, la promesa de una represalia masiva contra cualquier nación atacante- carece de significado a la hora de pelear frente a redes terroristas invisibles, pues no existen ni Estado ni ciudadanos que defender. La contención tampoco es posible cuando dictadores desequilibrados tienen la oportunidad de equipar misiles con las armas de destrucción masiva de las que hace ostentación, o bien son capaces de facilitar un armamento tal a sus aliados terroristas.

No podemos defender a América y a nuestros amigos esperando pacientemente con la mejor de las intenciones. No podemos depositar nuestra fe en las palabras de los tiranos, quienes solemnemente firman tratados de no-proliferación para de forma sistemática violarlos. Si esperamos que las amenazas se materialicen en su totalidad, entonces habremos esperado demasiado.

La custodia de nuestra Patria y el sistema balístico de defensa forman parte de un ambicioso plan de seguridad mucho más amplio, por lo que son prioridades esenciales de los Estados Unidos. Pero la guerra contra el terror no se ganará a la defensiva. Debemos llevar la guerra a territorio enemigo, abortar sus planes y enfrentarnos a las peores amenazas antes de que emerjan. En el mundo en el que acabamos de entrar, el único camino hacia la seguridad es la senda de la acción. Y esta Nación, no os quepa duda, actuará.

Nuestra seguridad requerirá los mejores servicios de inteligencia posibles a fin de detectar las amenazas que se oculten en las cuevas o que nazcan en un laboratorio. Nuestra seguridad precisará una modernización de nuestras agencias nacionales como el FBI, de modo que estén preparadas para actuar, y actúen rápidamente, contra cualquier peligro. Nuestra seguridad exigirá la transformación del ejército que vais a tener el honor de mandar –unas fuerzas militares que deben estar listas para golpear en cualquier momento en cualquier rincón sombrío del mundo. Nuestra seguridad demandará que todos los norteamericanos estén deseosos, que se muestren decididos y que estén preparados para llevar a cabo acciones preventivas, cuando sea necesario, con el objetivo de defender nuestra libertad y nuestras vidas.

El trabajo que nos espera de aquí en adelante es difícil. Las decisiones que deberemos tomar serán complejas. Debemos descubrir las células del terror en 60 o más países, usando todo nuestro arsenal de finanzas y de servicios de inteligencia, sin menoscabo de nuestro ordenamiento jurídico. Junto con nuestros amigos y aliados, debemos oponernos a la proliferación y enfrentarnos a aquellos regímenes que patrocinan el terror, según requiera la naturaleza de cada caso particular. Algunas naciones necesitan entrenamiento militar para luchar contra el terror, y nosotros se lo daremos. Otras naciones se oponen al terror, pero toleran las causas que lo provocan –y eso debe cambiar. Enviaremos a nuestros diplomáticos allí donde se les requiera, y os enviaremos a vosotros, nuestros soldados, donde seáis necesarios.

Todas aquellas naciones que opten por la agresión y el terror pagarán un alto precio. No abandonaremos la seguridad de los Estados Unidos y la paz del planeta a los

designios de unos pocos terroristas y tiranos. Extirparemos esa oscura amenaza de nuestro país y del mundo.

Ya que la guerra contra el terror requerirá resolución y paciencia, también exigirá un propósito moral inquebrantable. En este sentido, nuestra lucha es similar a la de la Guerra Fría. Ahora, como entonces, nuestros enemigos son sujetos totalitarios que profesan un credo de poder en detrimento de la dignidad humana. Ahora, como entonces, buscan imponer su desnuda voluntad y controlar cada vida durante toda la vida.

Los Estados Unidos lucharon contra el imperio comunista de muchas formas distintas –en el terreno diplomático, económico y militar. Pero nuestra pureza moral fue un elemento esencial para conseguir la victoria en la Guerra Fría. Cuando líderes como John F. Kennedy y Ronald Reagan rechazaron ser condescendientes con la brutalidad de los tiranos, abrieron la puerta de la esperanza a prisioneros, disidentes y exiliados, y comandaron a las naciones libres bajo la bandera de una noble y gran causa.

Algunos se preocupan por el hecho de que el uso maniqueísta del lenguaje centrado en el Bien y en el Mal sea de algún modo poco diplomático e incluso de mala educación. No estoy de acuerdo. Circunstancias diferentes requieren métodos distintos, pero no diversas morales. La verdad moral es la misma en cada cultura, en cada etapa histórica y en cada lugar. Escoger como dianas para el asesinato a civiles inocentes es siempre y en todo lugar algo repudiable. La brutalidad contra las mujeres es siempre y en todo lugar algo execrable. Puede que no medie espacio alguno entre la justicia y la crueldad, entre el inocente y el culpable. Estamos inmersos en un conflicto entre el Bien y el Mal, y los Estados Unidos llamarán al Mal por su nombre. Al resistirnos al Mal y a los regímenes fallidos, no creamos un problema, contribuimos a resolverlo. Y lideraremos al mundo en esta lucha.

Cuando defendemos la paz, también tenemos la oportunidad histórica de preservarla. Disponemos de la mejor oportunidad desde el nacimiento del Estado-Nación en el siglo XVII para construir un mundo donde los grandes poderes compitan en paz en vez de preparar la guerra. La historia del último siglo, en particular, estuvo dominada por una serie de rivalidades nacionales destructivas que sembraron de campos de batalla y de cementerios la faz de la Tierra. Alemania luchó contra Francia, el Eje luchó contra los Aliados, y entonces el Este luchó contra el Oeste, mediante guerras encubiertas y represalias inquietantes, con el temor constante de un Armagedón nuclear.

La competición entre las grandes naciones es inevitable, pero los conflictos armados en nuestro mundo son evitables. Cada vez más, las naciones civilizadas se encuentran en el mismo lado –unidas por los peligros comunes de la violencia terrorista y del caos. Los Estados Unidos poseen, e intentan mantener, las suficientes fuerzas militares para abordar cualquier desafío; asimismo, los Estados Unidos harán todo lo que esté a su alcance para huir de la carrera armamentística propia de otra época, limitarán las rivalidades que puedan surgir en el ámbito económico y estarán dispuestos a eliminar cualquier obstáculo que surja en el camino de la paz.

Hoy día los grandes poderes se encuentran crecientemente unidos por valores comunes, en vez de estar divididos por conflictos ideológicos. Los Estados Unidos, Japón y nuestros amigos del Pacífico, y ahora toda Europa, comparten un compromiso común con la libertad humana, encarnado en fuertes alianzas como la OTAN. Y la campana de la libertad está comenzando a repicar en otra muchas naciones.

Durante generaciones, los oficiales de West Point diseñaron y libraron batallas contra la URSS. Acabo de regresar de un viaje a la nueva Rusia, un país que ahora camina con paso firme hacia la democracia, y que es nuestro aliado en la guerra contra el terror. Incluso en China, sus líderes están descubriendo que la libertad económica es la fuente duradera de la riqueza nacional. A su debido tiempo, descubrirán también que la libertad social y política es la única fuente de la grandeza nacional.

Cuando los grandes poderes compartimos valores comunes, estamos en mejor disposición de afrontar juntos conflictos regionales serios, de cooperar para prevenir espirales de violencia o el caos económico. En el pasado, los grandes poderes rivales tomaban activamente parte en los problemas regionales para los que se esperaba una difícil solución, ahondando en divisiones más profundas y complejas. Hoy, desde Oriente Medio hasta el Sur de Asia, estamos pertrechando amplias coaliciones internacionales para incrementar la presión a favor de la paz. Debemos construir relaciones de poder intensas y dilatadas cuando los tiempos sean propicios; y ayudar a manejar las crisis cuando corran tiempos adversos. Los Estados Unidos necesitan amigos para preservar la paz, y trabajaremos con aquellas naciones que compartan este noble propósito.

Y finalmente, los Estados Unidos se esforzarán por conseguir algo más que la ausencia de la guerra. Tenemos una gran oportunidad de extender una paz justa, sustituyendo la pobreza, la represión y el resentimiento en el mundo por la esperanza de un futuro mejor. Buena parte de la historia de la humanidad ha estado presidida por

la persistencia indeleble y casi universal de la pobreza. Durante las últimas décadas, hemos visto a naciones, desde Chile a Corea del Sur, construir economías modernas y sociedades más libres, sacando a millones de personas de la desesperación y del tormento. Y no hay ningún misterio en este logro.

El siglo XX finalizó con un único modelo superviviente de progreso humano, basado en demandas innegociables acerca de la dignidad humana, el imperio de la ley, los límites del poder del Estado, el respeto hacia las mujeres, hacia la propiedad privada, hacia la libertad de expresión, hacia la igualdad ante la ley y la tolerancia religiosa. Los Estados Unidos no pueden imponer esta visión –pero pueden apoyar y recompensar a los Gobiernos que realicen la elección correcta para beneficiar a sus pueblos. Con nuestras ayudas para el desarrollo, con nuestros esfuerzos diplomáticos, con nuestra presencia internacional y con nuestra ayuda para la mejora de la educación, los Estados Unidos promoverán la moderación, la tolerancia y el respeto por los derechos humanos. Y defenderemos la paz que hace que el progreso sea posible.

Cuando se trata de abordar los derechos comunes de hombres y mujeres, no hay choque de civilizaciones. Las exigencias de la libertad ya se aplican al continente africano, a Latinoamérica y al mundo islámico. Los pueblos de las naciones islámicas quieren y merecen las mismas libertades y oportunidades que los pueblos de cualquier otra nación. Y sus Gobiernos deberían escuchar sus gritos esperanzados.

Una nación verdaderamente fuerte permitirá que todos los grupos busquen legalmente sus aspiraciones siempre que renuncien a la violencia como medio. Una nación que desee desarrollarse ansiará reformar su economía, liberar las fuerzas que atesoran sus pueblos para hacer negocios y lograr beneficios. Una nación floreciente respetará los derechos de la mujer, porque ninguna sociedad puede prosperar mientras por sistema se le deniega oportunidades a la mitad de sus ciudadanos. Madres, padres e hijos en todo el mundo islámico, y en todo el mundo, comparten los mismos miedos y aspiraciones. Si son pobres, luchan. Si viven bajo la tiranía, sufren. Y, como vimos en Afganistán, cuando son liberados, lo celebran.

Los Estados Unidos tienen como destino un objetivo más vasto que simplemente controlar las amenazas y contener el resentimiento. Trabajamos por un mundo justo y pacífico, y por eso libramos la guerra contra el terror.

La promoción del bicentenario de West Point pasa a formar parte de este drama. Al igual que todo el ejército de los Estados Unidos, estaréis ocupando un lugar interme-

dio entre vuestros queridos conciudadanos y los peligros que nos acechan. Ayudaréis a establecer una paz que permita a millones de personas en todo el mundo vivir en libertad y crecer en prosperidad. Afrontaréis tiempos de calma y tiempos de crisis. Pero para cada prueba os encontraréis sobradamente preparados –porque sois hombres y mujeres de West Point-. Saldréis de aquí marcados por el carácter de esta Academia, portando los ideales más altos de nuestra Nación.

Hacia el final de su vida, Dwight Eisenhower recordó el primer día que pasó en West Point. “La emoción que me sobrevino”, dijo, “fue la expresión de que ‘los Estados Unidos de América’ significarían en adelante algo diferente. Desde ahora, despreciándome a mí mismo, sería la Nación a la que serviría”.

Hoy, vuestro último día en West Point, empezáis una vida de servicio en una carrera sin parangón. Habéis respondido a la llamada del riesgo y del honor con rigor y determinación. Al final de cada día sabréis que habéis cumplido satisfactoriamente con vuestro deber. Que siempre cumpláis con vuestro deber según los altos estándares que se os ha inculcado en esta gran institución norteamericana. Que os hagáis merecedores de la tradición de dos siglos que os preceden.

En nombre de la Nación, os felicito a cada uno de vosotros por el grado que ya os habéis ganado en nuestro ejército y por el crédito que le concedéis a los Estados Unidos de América. Que Dios os bendiga a todos. ■

Breve comentario

El discurso de West Point, pronunciado en el paso del ecuador entre los acontecimientos del 11-S y el comienzo de la guerra contra Irak, ha quedado como un discurso emblemático, porque en él se contienen ya los elementos de lo que se denomina la “doctrina Bush”. Sorprendente para los europeos acostumbrados a una separación entre lo civil y lo religioso en los discursos de sus gobernantes, que sin embargo son dimensiones perfectamente concatenadas en los del Presidente de los Estados Unidos.

El Presidente Bush comienza su discurso con un cántico a las fuerzas armadas y a las tradiciones de la Academia militar, por la que han pasado tan prestigiosos militares y políticos de la nación. Hasta aquí los tópicos acostumbrados, que en esta ocasión son aderezados con un oportuno recuerdo: la ayuda que las fuerzas armadas de los Estados Unidos han prestado a Europa salvándola de los tiranos (referencia a la intervención estadounidense en la segunda guerra mundial)

Advierte de la capacidad de un nuevo enemigo que une “radicalismo y tecnología”

para producir un daño enorme a grandes potencias. Ya no es enemigo poderoso el que posee grandes ejércitos. Puede serlo un “puñado de malvados y perversos”. Las características de este nuevo enemigo le sirve para presentar su teoría o doctrina de la guerra preventiva, a la que denomina textualmente “acción preventiva”, tras desechar la idoneidad de las viejas teorías de la disuasión y la contención, debido a la movilidad e invisibilidad del nuevo enemigo y a su capacidad mortífera empleando las nuevas armas de destrucción masiva y el bajo coste de las mismas (menos que el precio de un carro de combate les costaron los atentados del 11-S).

“Debemos llevar la guerra a territorio enemigo, abortar sus planes y enfrentarnos a la peores amenazas antes de que emerjan”

En éste y en los demás discursos presidenciales se unen prevención y anticipación para referirse a la guerra o ataque contra el terrorismo. Una anticipación es una respuesta a lo que ya ha comenzado a ser un hecho. Una prevención no exige que haya comenzado a producirse tal hecho. Se puede prevenir sin que suponga la anticipación a los actos del enemigo, porque éstos aún no han tenido lugar. Es más justificable la anticipación que la prevención para producir un ataque contra el enemigo, porque la segunda se mueve en un ámbito menos seguro que la primera. Son conceptos distintos que se mezclan en el lenguaje de los textos neoconservadores. Pero, en cualquier caso, la guerra preventiva no se corresponde con la legítima defensa como

causa justificante del rechazo de un ataque armado. El art. 51 de la Carta de las Naciones Unidas expresa con claridad los términos de la legítima defensa: “el derecho inmanente a la legítima defensa, individual o colectiva, en caso de ataque armado contra un miembro de las Naciones Unidas hasta tanto el Consejo de Seguridad haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales” Por consiguiente, el ejercicio de la fuerza contra una amenaza -incluso preventiva, como suelen adjetivarla los neoconservadores- está fuera del orden y derecho internacionales. Sin embargo, el Presidente Bush y sus intelectuales sostienen la legitimidad de la fuerza contra una amenaza o peligro sin necesidad de que se produzca un ataque.

Defender la teoría de la guerra preventiva puede comportar más perjuicios que beneficios para la paz y el orden en la esfera internacional. Primero, la sospecha pasa a ser el justificante de la acción bélica como en el derecho interno de los Estados preliberales la sospecha hacía caer la espada de la ley contra las conciencias individuales; una de las grandes conquistas del liberalismo fue cargar la pena sobre las acciones de los individuos y no sobre sus intenciones. La justificación de la sospecha para emprender un ataque supone retrotraer el derecho internacional a una etapa “preliberal”, pues el mantenimiento o ruptura de las relaciones entre los Estados pivotará sobre juicios de intenciones y no sobre acciones comprobadas. Segundo, la práctica de la guerra preventiva puede provocar con facilidad un efecto dominó facilitando las

acciones bélicas entre las potencias, con lo que al final la paz y la seguridad saltarán por los aires; la guerra preventiva concebida por los neoconservadores como muro contra la inseguridad del terrorismo se convertirá en el instrumento de la inseguridad total. Tercero, es fácil cometer errores por la dificultad de conocer e interpretar los propósitos y las actuaciones de los Estados; errores no subsanables cuando las consecuencias del mismo se traducen en la declaración de una guerra contra el enemigo mal interpretado.

La tradición de la guerra justa (*bellum iustum*) está ausente de los textos de quienes predicán la guerra preventiva. Las condiciones y los requisitos de la guerra justa, obra de siglos de reflexión sobre el proceso para que la guerra adquiera el título de justa, desaparece en la descripción de la guerra preventiva, que se basa en sospechas y predicciones ¿Cómo someter las predicciones a reglas? ¿Cuándo la sospecha es tal que la guerra pueda ser llamada justa?. La guerra justa es el último recurso, la última ratio; la guerra preventiva no agota todas las posibilidades. La guerra justa se apoya en pruebas; la guerra preventiva en conjeturas. La guerra justa exige un proceso reglado: la guerra preventiva es instantánea y sorpresiva.

A continuación, como es habitual en los discursos del Presidente, el reclamo a los valores de la nación americana y la contraposición del bien y del mal. El contraste entre “la pureza moral” de los Estados Unidos y la vileza de “terroristas, totalitarios, tiranos” y de los Estados que los sponsorizan

y protegen. La decente América y el mundo perverso que la rodea y pone en peligro su seguridad y la paz mundial. Asegura que en esta lucha entre el Bien y el Mal hay una única verdad: “la verdad moral, que es la misma en cada cultura, en cada etapa histórica y en cada lugar”. Una verdad moral que es la que obviamente él defiende y con él la decente nación americana.

He aquí los dos planos del discurso: el sociológico –el enfrentamiento de las sociedades abiertas y los enemigos perversos– y el ético –la decente América contra los viles enemigos y quienes les ayudan y protegen y la verdad única y supracultural–.

El discurso termina aludiendo a la gran coalición de grandes y civilizadas potencias –donde se incluye Europa– “unida por valores comunes” en defensa de la libertad, a la que el Presidente espera que se una la nueva Rusia, que “camina con paso firme hacia la democracia” y China, cuyos líderes “están descubriendo que la libertad económica es la única fuente de la grandeza nacional”. Todo un mundo civilizado de sociedades libres y pacíficas, lideradas por Estados Unidos, que tiene ante el mundo la responsabilidad y el deber de asegurar la paz mundial y junto con la paz la prosperidad, ayudando a los pueblos que sin violencia quieran salir de la pobreza y “ayudando y recompensando a los Gobiernos que realicen la elección correcta para beneficiar a sus pueblos”

